

Aparecidos de Occidente: reflexiones desde latinoamérica sobre Asia y la trascendencia artística de sus expresiones discursivas

En Osaka, Japón, hay un lugar que las personas reconocen comúnmente como *Korean Town*. Se trata de un distrito con mercados, restaurantes, pachinkos y casas en permanente reconstrucción que, tras la colonización de Corea en 1910, se volvió el sedimento cultural de la diáspora coreana en Japón. Desde mucho antes, la relación entre Japón y Corea no ha sido fácil, sólo hay que recordar la historia de la Emperatriz Jingu, que en el siglo III partió del antiguo reino de Yamatai, hoy la zona de Kansai, hacia la conquista de la península coreana, antes el reino de Silla. Lo que sucedió en aquel tiempo no podemos asegurarlo, pero la historia de la Emperatriz y el Santuario Sumiyoshi, donde se le venera, revivió a principios del siglo XX con la conformación aspiracional del imperio japonés por ejercer un poder colonizador en Asia. Entre 1910 y el fin de la ocupación japonesa en Corea, que terminó junto con la guerra en 1945, los migrantes coreanos se fueron apropiando de los espacios públicos en Tsuruhashi, el nombre administrativo del distrito donde se extiende *Korean Town*, donde se reafirma una y otra vez la condición de otredad que sucede permanentemente en el encuentro de lo “coreano” frente a lo “japonés”.

Precisamente en Tsuruhashi se me acercaron el otro día dos personas con cierto ritmo especulativo. Uno era corpulento, tenía el cabello recogido hacia atrás y los costados cortos al ras. Sus cejas, aunque despobladas, sobresalían con la expresión de dureza en su cara. Parado por delante, el otro era más bajo, tenía el cabello alborotado en la parte de atrás y su mirada desbordaba confianza.

—¿De dónde eres? —me preguntó de inmediato.

—¿Por qué preguntas? —le contesté desafiante. Condicionado por su repentina aparición. El muchacho sacó las manos del bolsillo, como mostrándose desarmado.

—No, no, perdona lo repentino. Es que te vimos aquí parado entre la multitud y te queremos preguntar si te parecemos coreanos

Si la relación entre los supuestos de lo “japonés” y lo “coreano” es compleja a un nivel histórico, también lo es en algo tan vaporoso como la identidad nacional. Como referencia para quienes esta relación les resulta lejana, sobre la memoria colectiva de la nación peninsular se fue asentando la noción histórica de que Japón debía extender su manto cultural

sobre la península coreana para garantizar la paz frente a la intromisión de Occidente en el continente asiático. Esta idea se gestó como resultado del encuentro violento entre Japón y Occidente, sucedido a mediados del siglo XIX, con la llegada amenazante de Estados Unidos, Francia y el Reino Unido al archipiélago, frente a la cual, distintos grupos de poder dentro de Japón impusieron la figura imperial como máxima autoridad simbólica y cultural en la llamada Restauración Meiji de 1868.

Durante los siguientes treinta años impulsaron cambios delineados por el modelo civilizatorio de Occidente y la firme idea de fortalecer el ejército y enriquecer la nación, esto con la aspiración política de no ser colonizados, sino de convertirse ellos mismos en un poder colonizador. La Restauración Meiji, el principio simbólico de la modernidad en Japón, conllevó un tránsito violento en la conformación de la nación japonesa y su imposición cultural, que comenzó con el despliegue militar en China, Rusia y Corea, y siguió por el resto de Asia hasta devenir en la rendición del país en 1945. Si bien no es menester de este texto hacer un análisis minucioso sobre el desarrollo político y democrático durante la posguerra, sí me interesa distinguir la aparición de numerosas y masivas movilizaciones sociales que acontecieron entre 1950 y 1970 como parte de la participación política de la sociedad en el archipiélago.

Entre las demandas populares, hubo un esfuerzo por revertir la imposición de un modelo político que no sólo arrastraba a Japón hacia una nueva guerra con el Tratado de Cooperación y Seguridad entre Estados Unidos y Japón (ANPO), el cual garantizó a los estadounidenses mantener las fuerzas armadas en el territorio japonés con el pretexto de garantizar la paz en Asia, también de resistir la frialdad del sistema económico que implicaba, como en la expropiación de las tierras en Sanrizuka para la construcción del aeropuerto de Narita, además del desmantelamiento del campo y las comunidades rurales y campesinas para el progreso de la nación. Aunque hubo éxitos simbólicos en la lucha popular, el campo de batalla, que significó muchas veces la protesta en las calles, terminó por extraerse la imaginación y la cultura popular, en algunos casos, y desaparecer en otros. El *ethos* popular, como le llamó Maruyama Masao al deseo de asentar la voluntad popular en la política nacional, se desvaneció con la confirmación de un modelo hegemónico, dijo Iida Yumiko, definido por la maduración del capitalismo, la cultura del consumo como resultado del éxito económico del país a nivel internacional y la sofisticación tecnológica que exacerbó tanto la productividad como las capacidades imaginativas de la industria y los consumidores.

La sumisión y el aparente éxito de Japón en el modelo económico y civilizatorio de Occidente provocaron una fragmentación de la identidad, que

lo llevó a ser observado, descrito y definido desde fuera por un Occidente que, como analizó Nakai, se confirma y cohesiona a partir del estudio de las humanidades. Como respuesta a esa intrusión, pero también a la genuina curiosidad por entender lo que significa ser “japonés”, las décadas siguientes fueron el abrevadero para la subjetividad y desarrollo del *nihon-jinron*, el discurso sobre la unicidad de Japón y lo “japonés”.

El muchacho de Tsuruhashi reordenó su pregunta inicial y la llevó a su interés por saber si entre todas las personas que estaban ahí, un extranjero como yo podía distinguir quién es coreano, chino y japonés. Hay un halo que hace posible distinguir a un cúmulo de turistas de quien no lo es, pero su pregunta estaba colocada en otro lugar. Me platicó que sus abuelos llegaron a Osaka durante la ocupación japonesa en Corea, y que tanto sus padres como ellos nacieron en Japón con apellidos y nombres obligatoriamente japoneses. Sin embargo, dijo, no hay en ello la posibilidad de asirse como japonés, y tampoco ya como coreano. Sin embargo, su interés no sólo estaba puesto en saber si Andrés podía identificarlo como japonés o coreano entre la masa, debía ser un extranjero Occidental quien analizara este objeto de estudio pasivo y anónimo. Por ahí, Nakai también dice que Occidente no está ubicado en un lugar específico, sino que es una designación a partir de la cual se indica la dirección del que habla, y es en ese sentido que en Latinoamérica y Asia, o Japón, Corea y México, se toman figuraciones étnicas caracterizadas, analizadas y clasificadas a partir de sus lugares de origen.

Negándome a ser un mero observador occidental, se desprendió una plática entre los tres sobre ese poder espectral llamado Occidente y la posibilidad de ser una aparición fantasmal que a veces está y a veces no. Apariciones de lo asiático y lo latinoamericano que sólo figuran para distinguir la vitalidad del racionalismo Occidental con respecto a lo Otro. Tanto Asia como Latinoamérica están definidas en función de Occidente, una relación de poder constituida a partir de la modernidad colonial, una nueva “lógica”, dijo Echeverría, que se encuentra en proceso de sustituir al principio organizativo ancestral, al que designa como “tradicional”, es decir, “obsoleto, inconsistente e ineficaz”. Se trata, pues, de una derrota simbólica con la que ese Otro se da cuenta de que es Asiático o Latinoamericano, y trata de verse en el espejo de esa nueva racionalidad para entender qué es. Hay una lógica universal con la que Occidente determina los objetos de estudio y toma posición en la clasificación, comparación y producción de conocimiento, pero ¿existe la posibilidad de escapar a ese rey cíclope que mira todo con un solo ojo?

Si bien el encuentro en *Korean Town* estuvo determinado en principio por esa distinción permanente entre Occidente y el Resto, dejó abierta la

posibilidad de desentrañar el sedimento cultural asido en la derrota frente a un proyecto modernizador y civilizatorio que, al mismo tiempo que sitúa en los márgenes a Latinoamérica o Asia, revela el sometimiento de otras identidades irrigadas en ese mismo territorio y que son llevadas a la periferia y los márgenes de la cultura y las aspiraciones de una identidad nacional. Los trabajos correspondientes a los miembros del Seminario Permanente de Investigación de Arte y Cultura sobre México y Japón son el intento de sobreponerse a una lógica universal que primero clasifica los dominios del conocimiento para poder entender la información empírica de las periferias y develarlas de forma legible para sus audiencias occidentales. No es fácil dislocar el cuerpo lingüístico y mitológico de las teorías que van construyendo del centro hacia afuera, por eso mismo debemos proponer distintas formas de estudio y comunicación que sucedan en una lengua distinta a la hegemónica y reflexionen, no para sobreponerse a esa lógica universal representada por el racionalismo occidental, sino para generar espacios alternos que permitan desdoblarse nuestro reflejo en otro lugar. Si es posible o no generar teorías y conocimiento en América Latina o Asia que se trasciendan la particularidad étnica de su territorio y establezcan múltiples figuraciones a la universalidad, no lo sé, pero como dijeron aquellos estudiantes atrincherados durante el 68 japonés 「我々の戦いは勝利だった！」, que podría traducirse como “la lucha es nuestra victoria”, o también, “lo bailado nadie nos lo quita”.

Andrés Camacho López

Seminario Permanente de Arte y Cultura
México-Japón, México
kamachiryuga@gmail.com

Maestro en Literatura Comparada y doctorando en la Universidad de Córdoba, España, con una investigación sobre la interpretación del seppuku o harakiri, la evisceración ritual del samurái, en la literatura moderna y el cine de posguerra en Japón. Investigador en el Seminario Permanente de Arte y Cultura México–Japón, auspiciado por el Cenidiap y el INBAL. Trabaja las movilizaciones sociales de la década de 1960 y 1970, y la construcción del campo y los campesinos en la fotografía de los espacios rurales en México y Japón. En Nara (Japón), trabaja en el ayuntamiento de Higashiyoshino investigando a un grupo de samuráis rebeldes llamados el Tenchugumi. Editor de la revista Tokidoki Hyakusho, revista bilingüe, español y japonés, de cuento y fotografía. Echa chisme sobre todas esas cosas que no pueden ser sino japonesas en el podcast Japón es chido.